

y cuidado elegir tal abadesa, que respandezca en ella toda virtud, religion y honestidad, y sea mayor no solamente por el oficio, mas por buenas obras y santas costumbres. Finalmente, sea tal, que por su ejemplo despierte á sus súbditas á obedecer á Dios con amor, y de tal conversacion, que su vida les sea viva predicacion."

Del patio principal al llamado de los lavaderos no habia antes mas que un paso. En el dia están incomunicados por razon del destino que se ha dado nuevamente á cada uno.

El segundo, como su nombre lo indica, era el local en que se hallaban los lavaderos para uso de la comunidad, perteneciendo cada cual á una reverenda, que por lo mismo tenia inscrito en él su nombre. Al presente todo se ha trasformado. Esta parte del edificio se ve convertida en una casa elegante con gran puerta hácia la calle de Santa Catalina, balcones, viviendas cómodas, cielos en los corredores, y galería con lienzos de cristales. La lotería nacional ha fijado allí su residencia, y en determinados dias concede premios, hiere con desengaños y entretiene á todos sus amantes, como una coqueta, con vanas y halagüeñas esperanzas.

Con este patio comunicaba tambien un departamento pequeño, formado por la casa ubicada en el ángulo opuesto á la esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso; pero esta casa encierra hasta hoy un secreto que vamos á ser los primeros en revelar.

## VI.

### UNA ESTRELLA ECLIPSADA.

#### I.

En uno de esos años que se pierden en los remotos tiempos de paz inalterable, cuando nuestros abuelos vegetaban creyendo firmemente que vivian; cuando se solemnizaba cada dia de San Hipólito la toma de la capital por los conquistadores, con

el paseo del pendon que sacaba el alférez real acompañado del virey, tribunales y nobleza, formando todos una gran cabalgata; cuando para apagar los incendios se hacia uso, á falta de bombas, de plegarias á los santos, cuyas efigies trasladaban en volandas al lugar de la catástrofe; cuando la capital de Nueva-España tenia sus calles desprovistas de aceras y alumbrado, y finalmente, cuando al oír nombrar á Su Magestad el Rey, todos se tocaban el sombrero; en uno de esos años, decimos, hubo una noche en que con motivo de haber recobrado la salud la señora vireina, se veian reunidas en el real Palacio las principales familias de Méjico.

La corte era un remedo de la de España, y era natural; pero en cuanto á lujo y ostentacion de riqueza, á veces le escedia: al fin en Méjico y no en la península residian los opulentos dueños de las minas de Tasco, Real del Monte, Fresnillo y Guanajuato. Así es que en esa noche los tertulianos competian en lo costoso de los trages, como en dias anteriores habian competido en lo rumboso de las dádivas que cada cual ofreció á sus escelencias por el fausto acontecimiento.

Brillante era la iluminacion de la sala. Algunos pages en traje de rigurosa etiqueta estaban á la puerta comisionados para introducir á las damas, las cuales se iban presentando deslumbradoras por su belleza y por las esquisitas galas que vestian. A falta del virey, á quien asuntos de Estado tenian ausente, eran recibidas por la señora vireina, que las colocaba en asientos correspondientes á su categoría, agasajándolas con finura. Poco despues se les servian refrescos en bajilla de oro.

A los acentos de la música los corazones palpitaban de alegría, la conversacion se animaba, los caballeros buscaban con ardientes ojos el semblante de las hermosas, y estas correspondian con indiferencia ó con graciosas sonrisas.

Entre tanto, varios jóvenes sentados cerca de la puerta pasan revista por todos los concurrentes y hacen la crónica escandalosa de la ciudad, analizando las familias y narrando la biografía de cada uno de sus miembros.

—¡Oh, mirad con cuidado aquella hermosura!

—¡Cuál?

—La del cabello negro y rostro pálido.

—Ah! qué ojos, Dios mio!

—Si un ángel tomase forma humana, estos y no otros serían sus ojos.

—Una alma muy sensible y pura asoma por ellos.

—En efecto, son extraordinarios.

—Decís bien: tienen mucho de divino! Cuidado con prendarse!

—Es verdad: ya no es tiempo. . . . el que la obsequia. . . . parece haberse anticipado en su conquista.

—¿Quién! ¿el hijo del señor virey?

—Sí.

—¿Cómo la corteja!

—¡Ay amigos! no hay como ser un señor don Carlos!

—Hablais como unos papagayos.

—Pero con sobra de razon.

—Pues poco entendeis de achaques amorosos: el galan se lleva todas vuestras miradas; ¿pero habeis visto hasta ahora con detenimiento á la dama? Ved ¿cómo recibe los servicios de don Carlos! . . .

—Tienes razon.

—No habia reparado.

—Hay algo de frialdad en el modo de aceptarlos.

—Todo es pura ceremonia.

—Le paga con tristes sonrisas.

—Pero el galan se afana.

—Para no alcanzar nada.

—¿Nada? Estos tunantes con sus humos de próceres castellanos seducen á nuestras criollas con harta mas facilidad que nosotros.

—Pero en esta aventura se estrella *su excelencia chica*.

—Como que la niña no querrá suerte igual á la de tantas otras conquistas del vireicito.

—¡Pobres muchachas!

—¿Qué pobres! ¿qué mas quieren! El se divierte con todas para ir despues á casarse con una grande de España.

La llegada de otro caballero interrumpió la conversacion por un instante; pero se reanudó con mas fervor luego que aquel vino á formar parte del corro.

—¿De qué se trata, calaveras!

—De la reina de la fiesta! de la criatura mas linda que ha visto el sol.

—No te dejes arrebatar de un entusiasmo inútil; ya tiene dueño.

—¿Quién?

—Quien habia de ser! no ves lo que pasa!

—Pero acabareis de decirme quién es la hermosura que os ha flechado?

—Ve, ¿quién está junto de la vireina?

—¿Al lado izquierdo?

—No, al derecho.

—¿Válgame Dios! ¿Esa es vuestra dulcinea! la obesa de doña Pánfila! . . . Sí, no lo dudo os ha hechizado con su enorme tontillo, su rostro encendido, sus ojuelos picarescos, y sobre todo, con esa respiracion trabajosa que ya la mata. . . .

—¿Con setenta de á caballo! no seas ligero. Ya destrozaste á la matrona; pero mira bien, ¿quién está mas acá escuchando los requiebros de don Carlos?

—Ah! la hermosa Clara, hija de doña Pánfila!

—¿La conoces?

—¿Qué pregunta! nuestras haciendas son colindantes, y mi familia y la suya se visitan. Pero ¿quién te ha dicho que don Carlos la requiebra?

—Lo supongo.

—Supones bien. Desde que la dama se presentó en la corte por primera vez, la tomó á su cargo y ha dado en llamarle la estrella de Méjico.

—¿Y consigue algo?

—Desdenes, y de los que punzan el alma. Hace bien, porque es mucha mujer para un botarate.

—Tendrá demasiado orgullo.

—Te equivocas. Lo que hay en esto es que, segun sospechas, ama á otro hombre en secreto. . . . ó quizá á ninguno.

—Por fin, ¿ama ó no ama!

—No sé lo cierto. Ella vive muy retirada, y se le ve en la corte por Córpus y San Juan.

—Y es linda si las hay!

Este diálogo se prolongó con el mismo calor hasta muy entrada la noche, y tal parecia que todos aquellos jóvenes estaban enamorados de la dama.

Pero llegó un momento en que la música negó sus armonías

á la concurrencia, los cortesanos empezaron á despedirse, y acabé la tertulia.

Pasado algun tiempo, las hermosas bajaban por la escalera platicando alegremente, acompañadas de los caballeros, y en la calle no se oía mas que el ruido de los coches que trasladaban á las familias á sus casas respectivas.

El hijo del virey acompañó á Clara hasta la puerta de su carruaje, con gran disgusto de los adoradores de la ninfa, que envidiaban tanta dicha, especialmente al notar que en el acto de despedirse se mostró menos desdeniosa.

## II.

--Plácemes y enhorabuena, señora doña Clara. No esperaba menos de tu mucha discrecion, y si sigues conduciéndote de la propia manera, ya tienes asegurada tu fortuna.

--No sé á qué viene esto, madre mia.

--Vamos, niña! ¿Me hacias tan embebida en la plática de la señora vireina? ¿crees que no oí toda tu conversacion con el señor don Carlos? ¿qué galante! ¿qué buen mozo! aquello de llamarle el único amor de su alma, el blanco de sus deseos, la estrella mas hermosa de este cielo americano, y qué sé yo cuantas cosas más. . . .

--Señora, si le escuché fue porque era preciso. . . . hubiera sido gran descortesía. . . .

--Tontuela! ¿qué crees que me parece mal? Al contrario: el señor don Carlos te dotará ¡y qué donas! ¿qué festejos!

--Pero madre mia, vuesa merced se adelanta demasiado. . . . no es para tanto. . . .

--Cómo! ya verás. Hija, tú no conoces á los hombres!

--Y ademas que yo no aspiro á riquezas: tenemos lo bastante para vivir con decoro.

--Lo que sabré decirte es que á estas horas están rabiando mas de cuatro mozuelos al ver que tú tan sencillamente vestida tan seria y tan modesta, alcanzaste lo que ellas no pudieron con todos sus atavíos.

--Repito, señora, que las galanterías de don Carlos nada significan, y yo no las estimo.

--Cómo así! y si me pidiese tu mano!

--Yo, madre mia, con licencia de vuesa merced, se la negaría sin titubear. Mi corazón. . . .

--¡No sabes lo que te dices! Cuando llegue á realizarse mi sospecha, ya verás cómo varías de resolucion.

Así hablaba doña Pánfila con su hija mientras el coche las conducía á su morada por las calles del Seminario y del Reloj.

## III.

Una hora despues paseaba un embozado frente á la casa contra esquina de las calles segunda del Reloj y de San Ildefonso. Parecia ser un jóven que acudia á una cita misteriosa. Sus miradas se dirigian con inquietud hácia los balcones que daban á la calle de la Encarnacion; y como la espera se prolongaba sin que nadie asomase por ellos, para matar el tiempo y animado acaso por la serenidad del cielo estrellado, comenzó á cantar de esta manera:

¡Dulce iman de mis amores,  
Estrella del alma mia!  
Si me esquivas tus fulgores  
Detesto la luz del dia!

Torna á mí los ojos bellos  
De que el cielo se enamora,  
Porque sus claros destellos  
Seducen mas que la aurora.

Dame, sí, el mirar divino,  
Lleno de casta ternura,  
En que me guarda el destino  
Tesoros mil de ventura.

Bello es el sol, bello el mar  
Y las flores, vida mia,  
Mas sin tí, ¿qué puedo amar? . . . .  
Detesto la luz del dia!

Apenas se habia apagado en la soledad el último acento del canto, cuando el brillo movible de los cristales de un balcon dió á conocer que alguien abria poco á poco la puerta. Tal por lo menos fué la esperanza del trovador.

No se engañó.

Azó una jóven pálida, vestida de color oscuro, en cuyo pecho brillaba por todo adorno una cruz de diamantes. Parecía el génio de la noche que salia á contemplar la inmensidad del espacio tachonado de estrellas.

Al verla el desconocido encaminó los pasos hasta situarse debajo del balcon.

—¿Por qué tardabas, alma mia! ¿te es ya menos grato concederme un momento de ventura? ¿has visto en Palacio algun objeto menos indigno que yo de tu cariño? Dime, ¿quién te ha cautivado?

—Oh, cuán injusto eres, Gonzalo! . . .

—Perdona, dueño de mi vida, que me espese así contigo; pero es tanto lo que temo. . . ¿eres tan seductora! hay tantos que darian su vida por alcanzar un momento como el que disfruto! Tal vez á estas horas muchos suspiran por tí, y pensando en tus hechizos no pueden conciliar el sueño; tal vez algun magnate... tal vez el mismo D. Carlos, el hijo del virey... ¡ah, si alguna vez conozco lo que vale la fortuna es en este caso! ¡Tuviera un Estado, un nombre glorioso que poner á tus plantas! . . .

—Basta, Gonzalo! ya no solo eres injusto, sino que muestras tener de mí un concepto que no creí te hubieras formado. ¿Qué has visto en mí para juzgarme vanidosa? ¿te hablo de riquezas, de títulos y honores? ¿no eres tú quien trae siempre en los labios la gloria, las proezas, el renombre, la fama que no muere, y mil otras cosas que apenas comprendo? ¿no te he descubierto mi ambicion, limitada á una vida modesta como la mas conforme á mi carácter? Vivir siempre contigo, escuchando tus palabras, disfrutando tus caricias, pendiente de tus menores deseos, ¿no es para mí el colmo de la felicidad?

—¿Clara de mi vida! . . .

—Nada temas! ¿qué mayor honra que llamarme tuya? ¿La nobleza! . . . ¿qué cosa mas noble que tu alma! No te apoques pensando que el hijo del virey vale mas que tú: yo en tu lugar me afrentaria si me compararan con él. No ya D. Carlos, mas ni el monarca te iguala en bizarría; y si todos los reyes del mundo pusiesen sus coronas á mis pies, á todos los despreciaria por una sola palabra afectuosa de mi caballero!

—¿Quién al oírte no pierde el juicio! ¡Estrella de mi cielo, ángel mio, dueño de mi alma! . . . Todo el ardor de mi pecho,

todo este incendio que me consume es nada para satisfacerte por lo que acabas de decir. . . ¿con que me amas tanto como yo te amo! . . .

—Ese cielo que nos está mirando me es testigo de que te adoro!

—Cuánto bien me hacen tus palabras! . . . mas ¿qué ves tanto en el cielo? ¿miras cruzar por él algun ángel? ¿estás enamorada del cielo?

—Después de tí, él es el objeto que mas amo en la tierra: es mi confidente.

—¿Y qué te dice ahora de mí!

La jóven permaneció algunos instantes silenciosa; después respondió:

—No sé; pero me anuncia algo funesto! . . .

—Tu me asustas, alma mia!

—Como si dijese al corazón que esta es la última vez que estamos juntos. . . mas qué digo! . . . no. . . temores infundados, fantasmas; no me hagas caso. ¿Me amarás siempre?

—Ahora y en la eternidad!

No bien habia proferido Gonzalo esta espresion, cuando el ruido de pasos que se acercaban en la calle hizo volver á Clara á su retrete.

## IV.

El amante puso la mano en el pomo de la espada y echó á andar con paso tardo hácia la calle de San Ildefonso, como tratando de esquivar un encuentro con la persona que venia en seguimiento suyo, y manifestando á la vez que no la temia; pero esta se daba prisa para alcanzarle.

Advirtiendo Gonzalo que le perseguia con ahínco, detuvo el paso para entrar en esplicaciones. Un desconocido, embozado hasta la nariz con una gran capa, se le acercó.

—¿Quién sois vos? le dice encarándose á él sin miramiento.

—Un caballero, contestó Gonzalo con sequedad.

—No tan cumplido que pueda verse conmigo cara á cara!

—¿Por qué no? probad si quereis. . .

—Dijéronme que se'vis á D<sup>a</sup> Clara, y quise tener una prueba.

—¿Y la habeis obtenido!

—Muy cabal.

—Me alegro que no hayais perdido vuestro tiempo.

—Pero hay que advertiros en este particular, que el haber obtenido esa prueba os costará caro.

—Lo veremos!

—Al instante!

—Al instante!

Y al decir estas palabras iban ambos interlocutores á desnudar las espadas; pero, mudando de parecer, convinieron en buscar sitio mas adecuado y se dirigieron á la plazuela de Santo Domingo, á la sazón desierta. Llegan, cruzan los aceros, combaten largo espacio asestándose denuestos, y al fin cae uno de ellos mal herido. Quiere su adversario prestarle socorro; pero no le da tiempo la ronda que se acerca, y emprende la fuga.

## V.

En la tarde del día siguiente recibia D<sup>a</sup> Pánfila en su casa una visita ilustre, la visita del virey.

Su excelencia en persona iba á pedir para D. Carlos la mano de la hermosa Clara, escusándose de que no le acompañase aquel por hallarse algo indispuerto á causa de algunas travesuras juveniles, que le habian salido mal la noche precedente.

En poco estuvo que no se volviese loca D<sup>a</sup> Pánfila:

—Vamos, niña, declara al punto tu voluntad á su excelencia; la mia no puede ser mas notoria; entiendo que debes darte prisa en aceptar la honra que se nos ofrece.

—¿Podríaís otorgarme tan solo tres días para pensarlo?

D<sup>a</sup> Pánfila se mordió los labios; pero el virey contestó con aire apresurado:

—De mil amores, hija mia; y ahora estimo en mas tu mucho juicio, porque siempre es bueno para obrar pensar. ¡Hermosa y discreta! No sin razon te llaman la Estrella de Méjico.

## VI.

Acababa de despedirse su excelencia cuando madre é hija salieron al balcon atraídas por un cierto rumor de gente que pasaba por la calle en número mayor que el ordinario.

—¿Qué será eso, madre mia?

—Ah! vaya! habia olvidado participarte. . . . sí, ¿no oyes doblar en San Ildefonso? Es un entierro: ve, ya sale el acompañamiento. . . .

—Pero será el muerto algun colegial noble, ó tal vez uno de los reverendos padres jesuitas.

—Era un jóven de prendas. Su familia está inconsolable: ¡pobres, qué pérdida! . . . esto pica en historia. Los padres jesuitas han puesto el mayor empeño en que no se sepa el cómo fue esa muerte; pero ya vez que en este mundo nada se oculta, y los criados que todo lo huzmean. . . . Un desafío por amores, hija de mi vida! ¡Oh, qué mozo tan calavera! Se quedó anoche fuera del colegio, y á la madrugada, ya casi moribundo, entraba el desdichado á su cuarto en hombros de varios amigos que le trajeron desde el lugar de la contienda. Dicen que por poco no da en manos de la ronda, y entonces hubiera sido grande el sonrojo de los deudos, porque el señor corregidor le hubiera tenido en las casas de ciudad á lo menos por algunas horas, y el caso se supiera á las mil maravillas. ¡Pobre familia! ¡cómo estará su madre! . . . No vayas á contarlo! . . . Me han dicho que es el hijo de la señora de Leiva.

—¿Quién de los dos, señora, porque son dos!

—Gonzalo.

—Gonzalo! . . .

Distraida la madre por la gente, no hacia caso de Clara; mas notando que esta permanecía enagenada, volviéndose á ella le dice:

—Pero qué tienes, hija, qué es eso. . . . óyeme! . . . no me oyes! ¡Válgame la Virgen! entremos! Ya no volveré á contarte semejantes historias! . . . Soy una aturdida!

Las dos damas tomaron asiento. Clara permaneció cerca de un cuarto de hora inmóvil, con el rostro inclinado sobre el pecho y la vista fija en un lugar. Sus mejillas y frente tenian la palidez de la azucena. Despues salió de su enajenacion dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo dejó escapar una lágrima, limpia y brillante como una perla.

—Pero, mi alma, ¿por qué te ha conmovido tanto este suceso!

—Porque ese jóven. . . . Gonzalo. . . . era mi único amor: ¡era el alma de mi vida! Con él todo lo he perdido, y hoy nada en el mundo vale para mí. . . . ¡Madre mia, ved aquí mi última vo-

luntad. . . . la última merced que os pediré y que no dudo me concedereis. . . .

Clara suspendió el curso de sus ideas al ver que la madre lloraba, y guardó silencio. Despues prosiguió:

—¿Me la concedereis, madre mia? Es la mejor resolucion que en estas aciagas circunstancias puedo tomar. Sí, cerca está el monasterio. . . . allí sepultaré mi dolor. El Señor me enviará una gota de consuelo en la soledad: oiré su voz en el silencio del retiro, y sus divinos acentos me infundirán la esperanza de volver á juntarme con Gonzalo en la eternidad! . . . .

—Pero esta resolucion debe tomarse con madurez, Clara mia. Mira! la eleccion que haces del estado de religiosa. . . .

—No me pesará jamás. Muerto Gonzalo, toda me debo á Dios. Sí, esconderé mis dias en el claustro.

—Pues bien, amada mia, obedece á la inspiracion del cielo; sigue siempre sus avisos. Yo no podré otorgarte mi licencia sin profundo pesar, pues sabes cuánto te he querido desde niña, desde que jugabas sobre mis rodillas. . . . Ah, qué dias aquellos! si tu padre viviera! . . . . pero voy á quedarme sola en el mundo, separada de tí, sin tus gracias y cariño que han sido hasta aquí mi embeleso y mi ventura. El deseo de darte estado conforme á tu calidad es lo que me ha detenido en el mundo; mas, renunciando tú al matrimonio y en la firme voluntad de consagrarte al cielo enteramente, á mí no me queda otro camino que volverme al campo á cuidar de nuestra hacienda, y solo de cuando en cuando vendré á visitarte. . . . ¿Y á qué convento prefieres entrar?

—A la Encarnacion: á la Encarnacion para estar cerca de voz, mi buena madre: cerca de la casa donde nací y me crié. . . . ¿tiene para mí tantos hechizos esta morada! ¿abriga tantas y tan tiernas memorias!

—Hija, me ocurre—porque insisto en dejar la corte—decia que me ocurre una idea; yo no quiero conservar esta casa si tú no vives en ella conmigo; propondré á las religiosas que te concedan habitarla.

—¿Cómo puede ser eso?

—Bien, cerrándole toda comunicacion para la calle y abriéndosela para el convento. Así las madres aumentan su casa con una finca mas que puede serles muy útil con el tiempo, y tú consigues quedarte viviendo en la morada que tanto amas.

## VII.

Tres dias despues de este suceso, los curiosos pudieron observar á un gallardo jóven que iba y venia por la calle de la Encarnacion, fijando la vista con asombro en la fachada de la casa de Clara. ¿Cuánta mudanza se notaba en ella! . . . . ¡ni puertas ni balcones! Unas y otros se delineaban en el muro á causa de los marcos que sobresalian; pero á las puertas y vidrieras habian sucedido cuadros de pared como las cubiertas de los nichos de un panteon. El edificio del convento habia hecho presa en aquella morada, asimilándosela de tal suerte, que cualquiera afirmaria haberle pertenecido siempre.

Apenas podia el jóven dar crédito á sus ojos, y le parecia soñar. A nadie preguntó qué significaba aquel extraño cambio. Despues de clavar una mirada horrible en la fachada ciega é inexorable de aquella casa, echó á andar precipitadamente por la segunda calle del Reloj.

Era D. Carlos que iba á saber si por fin Clara aceptaba ó no su mano; pero la hermosa le habia preparado la respuesta algun tanto ruda. La Estrella de Méjico se habia eclipsado.

## VIII.

## FUNDACION.

Del patio de los lavaderos, y atravesando el departamento principal, puede el observador pasar bien al noviciado, bien al patiecito contiguo á la iglesia, en donde no verá con desden una fuente, ó mas bien arca de agua, que ocupa el centro y se eleva á unos tres metros de altura. La primera impresion que se recibe á su vista es un ligero disgusto ocasionado por la in-